

TORRENT, JOAN, Y TASIS, RAFAEL: *Historia de la Prensa Catalana*. Bruguera. Barcelona, 1966. Dos tomos. Consultar para este capítulo el tomo II.

«El Trujamán del Retablo». «Lloro pueril en la muerte de un dibujante de revistas infantiles». *La Estafeta Literaria*. Madrid, 15 de enero de 1966.

VÁZQUEZ, O. P., JESÚS MARÍA: *La Prensa Infantil en España*. Doncel. Madrid, 1963, 206 pp.

Consultar para este capítulo pp. 37 a 40.

VIÑA, ALBERTO: *Conferencia sobre el TBO*. Curso de Altos Estudios en Salou, 1957. Inédita.

Al finalizar este capítulo de la historia de los tebeos encuentro, manejando datos y referencias, una relación de trabajos de las alumnas de la Escuela de Bibliotecarias de Barcelona. Allí aparece reseñado el siguiente:

47 (1935). RAMÍREZ y MORALES, ADELA: «Historia del Periódico infantil a Catalunya». (Fragment del treball Historia del Periódico Infantil a Espanya.)

No he podido consultar este trabajo bibliográfico, que no dudo ha de ser del mayor interés. Incluyo aquí su referencia para los lectores.

APENDICE BIBLIOGRAFICO

Considero sumamente importante el estudio de la relación existente entre el dibujante y el tebeo. Para situarla existen numerosos trabajos. De la época pueden consultarse:

FRANCÉS, JOSÉ: *La caricatura española contemporánea*. Imprenta de Juan Pueyo. Madrid, 1915, 62 pp.

El mundo ríe. Renacimiento. Madrid, 1920, 257 pp.

La caricatura. CIAP. Madrid, 1930, 33 pp. y 21 láminas.

SÁNCHEZ DE PALACIOS, MARIANO: *Los dibujantes de España*. Ediciones Nuestra Raza. Madrid, s. f., 188 pp.

El clasismo en la actual educación española

JOSE MARIA QUINTANA CABANAS

Hay unos cuantos temas pedagógicos que de cuando en cuando suscitan el interés y la crítica de la opinión pública, que se deja escuchar desde la prensa y demás medios de difusión. Uno de tales temas es la existencia de colegios que parecen destinados casi exclusivamente a los niños de familias ricas. Tanto algunos educadores privados como ciertas congregaciones religiosas regentan establecimientos docentes de este tipo. Será por razones de negocio o por creerse en el deber de educar especialmente a las «clases dirigentes» e influyentes, pero el caso es que los colegios para los hijos de la alta burguesía son un hecho entre las instituciones educativas de nuestro país.

REALIDAD DE LOS COLEGIOS CLASISTAS

Quizá en otro tiempo podía un colegio vanagloriarse de estar destinado a educar a lo que se llamaba «lo mejor» de la sociedad. Pero las ideas han ido cambiando; una oleada de democracia ha saneado la mentalidad social de las personas, y sin duda que ningún colegio tendría hoy el poco rubor de expresarse en semejantes términos. Ningún centro educativo quiere decirse ahora para ricos.

Las realidades, con todo, son muy otras. Pues se dan, ciertamente, colegios situados en zonas residenciales, montados con suntuosidad y un

notable lujo y, sobre todo, que hacen pagar unas mensualidades solamente al alcance de familias muy acomodadas. Este último factor es decisivo para determinar una discriminación social en los alumnos que acuden a tales colegios; y así vemos que se reúnen allí tan sólo los hijos de familias muy pudientes. En vano se alegará que la existencia de becarios gratuitos tiende a imposibilitar el clasismo, pues los becarios son una ínfima minoría, y eso no llega a impedir que la clase rica consiga, según palabras de J. Vicéns Vives, «la educación esmerada de la juventud en centros de enseñanza exclusivos».

Tales centros pueden ser muy variados, desde los grandes colegios de religiosos a pequeños colegios con nacionalidad extranjera o que se dicen de enseñanza especializada; últimamente ha proliferado bastante, también, otra modalidad, constituida por ciertos parvularios. La discriminación social de los alumnos llevada a cabo en tales centros es una realidad patente a la vista de todos.

Con todo eso, en nuestra actual educación la distinción de clases sociales no puede estar ya más marcada. Se dan escuelas donde acuden los niños de clase media, otras para hijos de obreros y gratuitas, y otras para ricos. (Y aún menos mal si estas dos últimas no se construyen unas al lado de otras, como a veces se ha hecho, pres-tándose a toda clase de distinciones y contrastes.) Con razón, pues, ha podido señalar Jorge

Gali, como característica del proceder educativo de nuestro país, «la realidad de la educación clasista secular».

EL IDEAL SOCIAL EN LA EDUCACION

Hoy día todos coinciden en admitir que no es así como debe procederse. Por eso a menudo vemos que hay quien tira piedras contra los colegios especializados en altos niveles de la sociedad. La educación es algo que hay que poner igualmente al alcance de todos, y por eso opina Alejandro Sanvisens que «una nación no debiera permitir que unas personas tuvieran más oportunidades que otras de educarse o instruirse, pues se trata de un derecho humano que todos comparten en la misma medida».

Lo que nos parece mal no es tanto la imposibilidad en que se ven los económicamente débiles de poder asistir a los colegios caros; pues no opinamos, como muchos hacen, que tales colegios sean pedagógicamente mejores que otros más modestos. Lo que nos parece mal es que se mantengan aislados a los chicos de familias ricas, no obligándolos al contacto con muchachos de otros ambientes, y tal vez cultivándoles, más o menos a sabiendas, conciencia o prejuicios de clase.

Todos los pedagogos y sociólogos convienen en que la educación e instrucción no deben darse por clases sociales. Lo ideal es que haya un tipo único de escuela y de educación, y que todos los niños, sin distinción de clases, se sienten en las mismas aulas y convivan en las mismas instituciones. Y que la promoción de los alumnos se hiciera en todos los casos según sus capacidades personales, y no según las posibilidades económicas que tienen sus padres.

En los países de más alto nivel de vida estas ideas se ven felizmente llevadas a la práctica. En Alemania, por ejemplo, asiste obligatoriamente toda clase de niños, cualquiera que sea su posición social, a escuelas del mismo tipo. En nuestro país, en cambio, un tal proceder parece del todo imposible, pues la mentalidad social no está lo bastante desarrollada como para comulgar con estas ideas.

EL PORQUE DE LA DISCRIMINACION SOCIAL EN NUESTROS COLEGIOS

Pero no nos precipitemos. Bien está proponer ideales, mas un educador no ha de perder nunca el contacto con las situaciones reales. Y la situación educacional de nuestro país, en relación con lo sociológico, es por demás compleja y difícil de solventar bien.

Muchos de nuestros colegios no proceden demasiado bien en el asunto del clasismo. Pero, ¿es verdaderamente suya la culpa? ¿No será que

se ven imposibilitados de proceder de otro modo? Sus fallos son a menudo graves, y cuesta creer que no los ven o no quieren remediarlos. Es muy fácil eso de acusar a los colegios; son bastantes los que lo hacen, y es que a menudo se trata de individuos que no conocen de cerca las dificultades prácticas, a menudo insuperables, con las que debe enfrentarse la tarea educativa en unas situaciones dadas.

En el caso concreto de nuestro clasismo educativo, por ejemplo, creemos que la culpa es, más que de los colegios, de la sociedad misma. Es nuestra sociedad la que tiene mentalidad clasista y establece compartimientos estancos entre los individuos; y en los colegios no hace más que reflejarse esta actitud que, en principio, les viene como impuesta y determinada.

En efecto. Las estructuras educativas de una nación no hacen otra cosa que reflejar sus estructuras sociales; suele creerse que las escuelas pueden configurar a un pueblo, pero quizá sea más exacto decir que es el pueblo quien configura sus escuelas: en ellas quedan reflejadas sus virtudes y defectos, y su misma fisonomía espiritual.

Todo eso queda bien claro en el caso de nuestro país y en el hecho a que nos referimos. Algún colegio se ha excusado de su clasismo, y tiene bastante razón: no son los colegios quienes hacen discriminación, sino más bien las familias; no se dan colegios que busquen cierto tipo de alumnos, sino padres que buscan cierto tipo de colegios, que creen adecuados a la alta idea que se forman de su posición social.

Este razonamiento nos parece válido. Además, la raíz del mal no está tampoco en los colegios, sino en nuestro sistema educativo. En los países en que el Estado subvenciona todas las escuelas puede crearse la escuela única para todos. Pero en cuanto una parte notable de la población ha de acudir, para educarse, a la iniciativa privada—caso de España—, surge necesariamente el clasismo educativo. Lo vamos a ver. La educación es cara; los colegios privados han de establecer unas cuotas más o menos elevadas; sólo los económicamente pudientes están en disposición de satisfacerlas; los de condición más modesta—que son muchos, también en el caso de España—se ven obligados a beneficiarse de la gratuidad de los centros estatales; y como que los pudientes suelen preferir la enseñanza privada, por juzgarla más idónea para la formación de sus hijos, ahí tenemos el clasismo educativo como resultado de la situación económica de nuestra sociedad. Mientras haya colegios que exijan elevados honorarios y haya gente menesterosa que no pueda costear la instrucción de sus hijos, habrá necesariamente centros docentes que resulten especializados en los distintos niveles sociales.

El mal de nuestro país es que las clases sociales están demasiado diferenciadas: hay familias muy ricas y las hay muy necesitadas. En tales condiciones, vienen a establecerse, para unos y

otros, organismos diversos, en todos los órdenes, igualmente muy diferenciados, como su mismo estilo de vida. Y así se explica que esta situación general haya de configurar también nuestra escuela.

Todo esto resulta muy comprensible desde que se consideran las características sociales de nuestra nación. Dejan éstas bastante que desear, pero su presencia es un hecho inevitable, que no podemos pasar por alto. Los diversos estilos de vida llegan a marcar diferencias entre el modo de ser de las personas, hasta tal punto que cabe incluso que nos preguntemos si sería beneficioso, para la educación de los chicos, la convivencia escolar de todos sin distinción, procedentes de ambientes sociales muy diferenciados. En las naciones donde sólo hay gente rica y otra menos rica, pero de posición desahogada, la general convivencia no se hace problema; el problema puede surgir, en nuestro país, si obligamos a chicos de suburbios obreros a relacionarse estrechamente con chicos de familias muy acomodadas.

DIFICULTADES PARA UNA INDISCRIMINACION SOCIAL EN NUESTRA ESCUELA

Suprimir todo clasismo de la escuela significa mezclar en ella, sin distinción alguna, a todo tipo de muchachos. Pero, ¿hasta qué punto resulta ello aconsejable en las circunstancias sociales que se dan en nuestro país?

No habría problema si las clases sociales estuvieran más niveladas y no se apreciara tanta diferencia en las costumbres y manera de ser de las personas, sobre todo, que pertenecen a las clases extremas, las más altas y las más bajas. Pero nos parece que la convivencia escolar de muchachos pertenecientes a familias ricas y a familias muy humildes habría de acarrearles más inconvenientes que ventajas.

Ventaja para los ricos sí que la habría, en todo caso; pues nada necesitan tanto como un contacto con compañeros de ambiente modesto; ello les haría descubrir la importancia de los valores personales, por encima del valor dinero y de la vacua vanidad que suele éste inspirar, y les daría ocasión de que se formaran de la gente humilde un conocimiento más justo y exacto. Pero nos tememos que a los chicos de condición modesta les sería incómodo y hasta perjudicial la convivencia con unos compañeros en los que verían unas costumbres y un tren de vida tan distantes de los suyos. Nos imaginamos que los primeros habrían de sentirse, en su compañía, desplazados y hasta con un sentimiento de inferioridad. De ello dan testimonio muchos educadores que han podido observarlo en casos bien concretos; y hasta señalan formas irregulares de conducta a que se han entregado algunos niños de condición

modesta para poder aparentar no ser menos que los otros.

En vista de lo cual hemos de pensar si no es tal vez precipitado, en el caso de nuestro país, proclamar la escuela única como lo más indicado para las necesidades educativas de nuestra sociedad. Sería lo más bello, sería lo ideal; pero, ¿sería también lo más provechoso en nuestra situación real?

EL CLASISMO COMO SOLUCION PROVISIONAL

Es éste un problema que nos invita a serias reflexiones. Y algunos que las han hecho creen llegar a una conclusión bien clara: la situación social de nuestro país no ha llegado todavía a una madurez (es decir, a una igualación o a una diferenciación mínima de sus clases sociales) que permita la convivencia de todo tipo de muchachos en una misma escuela. A eso último es a donde hay que tender; pero, mientras, convendrá educar a los muchachos por clases sociales separadas, si se trata de las más extremas entre éstas.

Esto es lo que mejor explica la presencia, en nuestro país, de colegios con régimen clasista. A nadie puede gustar tal tipo de colegios; pero, ¿quién es capaz de proponer alguna solución mejor? Nos referimos a soluciones viables, realistas; porque las soluciones teóricas todos las sabemos, pero de poco nos sirven si no vemos cómo echar mano de ellas.

Se habla a menudo, por ejemplo, de la «socialización» de la escuela. También la piden, en cierto modo, los religiosos; hace ya tiempo que solicitan del Estado la subvención de sus colegios, alegando que si éstos resultan caros—de donde se sigue, naturalmente, la selección económica de sus alumnos y el clasismo del centro—es porque no tienen aquella subvención, pudiendo tan sólo los ricos pagarse el colegio.

Bien nos parecen estas iniciativas, pero creemos que es imposible, como ya hemos dicho, eliminar el clasismo educativo si no es antes eliminado el clasismo social, de lo cual anda todavía muy lejos nuestro país. La socialización de la escuela debe correr parejas con la socialización de la vida de un pueblo y, sobre todo, de la mentalidad de sus habitantes. Mientras las clases inferiores no eleven su nivel económico, y mientras su estilo de vida no esté más cercano al de los ambientes sociales bienestantes, la convivencia forzada de todo tipo de alumnos sería un desastre. La igualdad humana no es algo que pueda imponerse, sino que ha de resultar de los hechos; cuando la igualdad se dé previamente, es entonces cuando desaparecerán los problemas que su ausencia provoca. La organización de la escuela debe tener en cuenta la

situación económica y social de aquellos para quienes se establece.

Eso no significa que pactemos ya tranquilamente con nuestra situación social-escolar. No es la que debería ser, y eso no puede dejarnos pasivos. Un sano inconformismo ha de obligarnos a trabajar en la búsqueda de mejores soluciones, que siempre son posibles, al menos en parte. Y es con respecto a esta mejora parcial que pueden hacerse culpables aquellos que deberían aportarla y no lo hacen. En lo cual tienen bastante que ver los colegios; y es en este terreno donde podemos preguntarnos por la posibilidad que tienen de combatir el clasismo educacional y hasta qué punto vienen obligados a llevar a cabo reformas internas en este sentido.

EXAMEN DE CONCIENCIA DE LOS COLEGIOS CLASISTAS

No condenamos nosotros la presencia de nuestros colegios clasistas, ya se ve. Y es que siempre se hace difícil condenar a alguien, cuando se consideran bien las cosas, puesto que tan complejas suelen ser. Queremos tan sólo dar a esos colegios algunos motivos de reflexión y, en todo caso, que se condenen ellos mismos sus defectos. Y, sobre todo, que los enmienden y se decidan a trabajar, en cuanto de ellos dependa, en la superación de esta situación social-escolar tan imperfecta que estamos soportando.

Con todo, y a pesar de lo dicho, no es que se haga absolutamente indispensable la existencia del clasismo educativo. Sabemos de algún colegio barcelonés que se esfuerza en lograr una fusión social de sus alumnos, real y educativa, y lo consigue de un modo sorprendente. Pero eso es ya labor de artista, y nos parece que esas filigranas no se pueden pedir a la generalidad de los colegios y de los educadores.

Es por eso que nos vemos obligados a aceptar los hechos, al menos por el momento y a modo de compás de espera. Y los hechos (consumados, por cierto) son que existen colegios que albergan a grandes y exclusivos contingentes de hijos de la alta burguesía. No los vamos a suprimir de un plumazo. Lo que sí podemos hacer, al menos, y por el momento, es invitarlos a renovarse en su espíritu, a sacudir toda inercia y rutina, y a tomar una más clara conciencia de la responsabilidad social que les incumbe.

Sepan, por empezar, que no son colegios como los demás. No porque sean de más categoría o

porque tengan un mayor nivel pedagógico, sino porque cuentan con un tipo especial de educandos. Es decir: son distintos, pero no por dedicarse a una clase social privilegiada, sino porque este hecho les plantea un problema educativo singular, y la sociedad les pide un esfuerzo leal en resolverlo bien.

A muchos niños de clase acomodada, en efecto, el ambiente en que viven y son criados les confiere un modo peculiar de ser, con problemas educacionales específicos. Los colegios donde acuden deben conocerlos bien y solventarlos del modo oportuno. No basta con que preparen a sus alumnos para pasar el consabido examen de grado, sino que deben también vacunarlos eficazmente contra todos los peligros que supone el vivir en un ambiente en el que nada les falta ni los preocupa, y que los hace mimados de la fortuna.

No siempre lo hacen así esos colegios. De muchos juicios que sobre los mismos hemos recogido, de personas autorizadas, se deduce que dichos colegios a veces caen en notables defectos, tales como cierta vanidad u ostentación, el halagar a sus alumnos y el cuidar poco de sanarles su mentalidad social. Cuando debieran, más bien, evitar todo lujo en sus instalaciones, buscando sólo el funcionalismo, y emplear el dinero en la mejor y verdadera educación de sus alumnos; la cual habrá de hacerse a base de un trato duro y austero dado a los mismos, contrarrestando así la molición del ambiente en que se crían.

Y, sobre todo, han de darles una adecuada formación social, lo mismo teórica que práctica. Pues al tratar de conseguir, así, que los ricos del mañana tengan en nuestra sociedad un papel bastante más positivo, justo y socializante que muchos de los de hoy, es tal vez el modo más eficiente como puedan los mencionados colegios trabajar por la superación del clasismo educacional de que estamos adoleciendo.

Esos colegios de ambiente social cerrado y exclusivo están destinados a desaparecer. Pero, mientras, es cierto que tienen en su mano el desempeñar, en los hijos de la burguesía, una misión educativa y una función socializadora en la que nadie, por ahora, podría comprometerse con más ventaja que ellos. Aplíquense, pues, a realizar con empeño este cometido que pesa sobre sus espaldas; pues es ésta la única razón que puede justificarlos, ante la sociedad, de la situación anómala —y transitoria— en que se encuentran respecto de imperativos lo mismo pedagógicos que sociales.